

equivocidad del mismo, y en el que por efecto del *consenso*, cosas que en sí mismas no eran negociables, porque no son opinables, fueron negociadas (págs. 130 y sigs.); sobre la LAU (págs. 140 y sigs.); sobre el bilingüismo en Cataluña (págs. 145-147) y acerca del divorcio como favorecedor de una legislación estatista en materia de enseñanza y como generador de una patología educativa (págs. 155-156).

Como el mismo autor indica, se trata de un libro homenaje a la Escuela Pía aragonesa, y junto a los temas a los que hemos aludido y que consideramos más interesantes, se encuentran también páginas que constituyen un testimonio de homenaje respecto a los padres escolapios, y otras en las que se recogen las impresiones del autor respecto a hechos como el Congreso Mundial de Filosofía Tomista o el Corpus de Daroca, escritos al producirse los mismos.

Libro, en fin, en que se desarrollan unas ideas que *la modernidad* rechaza y de las que tan necesitada se encuentra la sociedad actual para evitar la hecatombe hacia la cual nos estamos precipitando, sobre todo y principalmente por haber rechazado y abandonado la religión católica.

ESTANISLAO CANTERO

Juan Carlos García de Polavieja: ¿LA TELEVISION MANIPULADA? (*)

Augustin Cochin puso de relieve admirablemente la conspiración tramada por las *sociétés de pensée* para derribar la venerable aunque decadente monarquía francesa. Hasta tal punto que puede decirse —así lo ha hecho Thomas Molnar— que en 1789 existían en Francia dos estados yuxtapuestos: por un lado, la antigua monarquía, con su espeso entramado institucional y orgánico; por otro, la *república de las letras*, como agrupación invisible en apariencia, pero no por eso menos real, de escritores y filósofos. Esta *república de las letras*, a veces fantasmal pero siempre omnipresente, sin vinculaciones con lo real y con una fuerte componente utópica, constituirá el dominio de las sociedades de pensamiento, así llamadas —es preciso aclararlo— no porque en ellas se piense, sino porque están construidas arbitrariamente por el pensamiento, frente a las que provenientes de un impulso social son organizadas por la naturaleza.

He ahí dos tipos radicalmente heterogéneos de sociedades. Pues —lo comenta Madiran glosando a Cochin— las sociedades de pen-

(*) Madrid, editorial *Fuerza Nueva*, 1980, 94 págs.

samiento no consiguen desarrollarse mientras las sociedades naturales son vigorosas. Pero cuando aquéllas se desarrollan en medio de éstas, las dejan exangües y sin vida, generando —de resultas— individuos desarraigados en los que disminuye el sentido familiar, corporativo, patriótico y religioso.

* * *

No le asombre al lector que retrocedamos tanto en el tiempo y que ahondemos tanto en la profundidad para comenar un ensayo dedicado a valorar el papel desempeñado por la televisión en la moderna guerra revolucionaria. Sin embargo, la correlación es, más que exacta, asombrosa. Al avanzar estas líneas, esperamos que aparezca en plenitud

Juan Carlos García de Polavieja, en un prólogo denso, comienza ofreciéndonos un análisis certero y medido de la tesis que se hallaba el proceso revolucionario a la muerte de Stalin. Atascado el comunismo ante el muro de contención de la guerra fría, y manifiestamente inútiles los presupuestos clásicos del marxismo-leninismo para destruir las sociedades occidentales, se ofrecían como únicas salidas: el aumento del potencial bélico, para mantener la psicosis de miedo en el llamado mundo libre; y el desenvolvimiento de una estrategia capaz de llevar la guerra subversiva al interior de Occidente.

La dirección revolucionaria optó por la combinación de ambos métodos, por la conjunción de las dos estrategias, por el uso simultáneo de lo que Plinio Correa de Oliveira ha llamado las dos «velocidades o marchas»: el ariete y el gas letal, el rearme y la guerra psicológica.

Encuadrado el nacimiento del fenómeno, pasa a mostrarnos el autor esta guerra como una verdadera *metamorfosis* del proceso revolucionario, como perfeccionamiento de su praxis, fruto del análisis de diversos pensadores entre los que destaca Antonio Gramsci.

Guerra psicológica y total, pues tiene como objetivo toda la psique del hombre —pretendiendo afectarlo en las varias potencias de su alma y en todas las fibras de su mentalidad—, y se dirige no sólo a los simpatizantes del comunismo, sino a todos los hombres, especialmente a los enemigos, para debilitarlos y aproximarlos al marxismo por medio del *trasbordo ideológico inadvertido*.

Reducida a sus líneas generales, la aportación de Gramsci, en la que se basa toda la virtualidad de la g. s. r. t., consiste en la diversificación e hipervaloración de toda una concepción sociológica, estructuralista y dinámica de la acción, que persigue la localización

de contradicciones —posibles o existentes— en la realidad. Pero si para el marxismo clásico los fenómenos de la naturaleza llevan implícitas contradicciones, que la Revolución sólo tiene que explicitar convenientemente, Gramsci —conocedor del pensamiento realista— se va a alejar en su metodología del enjundioso principio de contrarios internos, por comprender que el verdadero poder destructivo de la dialéctica radica en que las supuestas contradicciones internas no son más que simples desórdenes (más o menos graves), inversamente proporcionales al grado de inspiración cristiana de los individuos o las sociedades en cuestión.

He aquí admirablemente expresado el talón de Aquiles de la g. s. r. t., y he ahí con claridad explicado que la Iglesia Católica sea el principal obstáculo que se opone al triunfo de la Revolución. De todos modos, su impotencia natural frente a las sociedades verdaderamente cristianas no invalida la estrategia marxista, que trata de oponer a la naturaleza real (libre de contradicciones) una falsa naturaleza (plagada de ellas). Que inventa una imagen distorsionada de las sociedades y que, impuesta a través de los medios de comunicación, trata de suplantar gradualmente a la naturaleza real.

¡Es siempre el rechazo de la verdad como *adequatio rei et intellectus*! ¡Siempre la contumaz pretensión de recrear la realidad a partir de unos a priori prefijados e irrazonados! ¡Siempre la utopía malsana y el idealismo desencarnado! La misma dirección de las *sociétés de pensée* a que aludíamos al comienzo de esta recensión.

* * *

Tras lo dicho, es fácil colegir el destacado papel de los *mass media*, y dentro de éstos de la televisión, en la g. s. r. t.

La televisión en cuanto medio de comunicación unidireccional, en cuanto vehículo de ideas, tiene una relevante influencia sobre la sociedad. Magnífico ejemplo —y bien cercano— el del caso español, en el que la TV que padecemos —con sus cotas inimaginables de partidismo, zafiedad e irresponsabilidad— no ha sido tanto consecuencia del cambio político como antecedente imprescindible del mismo, según señala agudamente Polavieja.

Ya hace dos décadas que, en una famosa obra, *The lonely crowd* —La muchedumbre solitaria—, el sociólogo David Riesman llamó la atención sobre la aparición de un nuevo tipo de hombre al que denominó *other-directed*, dirigido desde fuera, por los demás. Hombre sin convicciones, que obra reflejamente siguiendo los estímulos recibidos del entorno social. Sus ideas le vienen impuestas por el manto cultural, por lo que ha dado en llamarse la Logosfera, sin

que sea capaz de sobreponerse a ese influjo que casi más que condicionarle le determina.

Es el hombre de nuestra civilización masificada y desarraigada, sin hábito de pensar y que repite las consignas que difunden la televisión y los grandes rotativos.

Frente a este hombre cortado con patrón, aparece el que obra por sí y desde unas convicciones firmemente mantenidas. Que rechaza reflexivamente las ideas comunes, que valora hechos y actitudes desde el sillar firme de un *ordo bonorum* definido y personal. Que sabe distinguir —o al menos intentarlo— entre lo verdadero y lo falso en el orden cognoscitivo, y entre lo bueno y lo malo en el orden moral.

Con la moderna televisión y sus depuradas técnicas de lavado de cerebro, nada de esto es posible. Difícilmente ninguna inteligencia podrá alzarse sobre la muchedumbre solitaria, sólo milagrosamente logrará alguna voluntad sustraerse a su acción maléfica.

Nada mejor para contemplar en plenitud la labor corrosiva de los modernos medios de comunicación que parafrasear una anécdota aparecida en alguno de los libros de Leopold Kohr y que cita Vallet en su *Sociedad de masas y Derecho*: En los grandes gallineros norteamericanos, planificados para obtener gran productividad más económicamente, se observó un gran desarrollo de las tendencias canibalísticas de las gallinas, despertadas en ellas por la visión masiva de animales de la misma especie. Un avicultor ideó un remedio para solucionar el problema: con unas gafas, perfeccionadas luego como lentillas de plástico, que reducían el campo visual de las gallinas.

«Yo, ciertamente, no deseo —comenta Vallet— convertirme en canibal, pero tampoco deseo que para poder convivir en una sociedad de masas me pongan lentes de plástico que disminuyan mi visión».

No se trata de que nos convirtamos en hipocondríacos blandidores de una inmensa y sutil lupa, pero sería suicida —preciso es reconocerlo— permanecer insensibles ante el asalto constante a que se ve sometido el reducto de nuestra libre personalidad.

MIGUEL AYUSO